

## TRES MODALIDADES DE INMANENTISMO

No sin razón se afirma en forma generalizada<sup>1</sup> que la situación actual de las ciencias sociales —en especial de la sociología— es lamentable. Tanto el empleo de finos modelos matemáticos como la realización de detalladísimas búsquedas en microsociología han conducido a menos que magros resultados, sin lograr justificar el denodado esfuerzo que realizan. Por otra parte las escasas teorías generales propuestas por la sociología académica no han logrado rozar o siquiera hacer irisar la superficie de esa sociedad a la que quisieran de algún modo llegar. Más allá del hecho de que quizás no sea ésa más que su función confesa, de que las ciencias sociales cumplen de por sí un papel ideológico nada desdeñable y por el contrario principal, más allá de que su idea misma sea especialmente dudosa, la metodología que buscan y no encuentran recurre sin cesar a fuentes externas o a arcanos propios de su "objeto". Repiten en este caso sin cesar las tesis rickertianas y sus variantes posteriores más exquisitas, o recurren a un positivismo ya caduco. Entre las fuentes a que acuden, la filosofía de la ciencia ya construida, ocupa cada vez más un lugar privilegiado. Pero los problemas que subyacen al quehacer de las ciencias sociales, y que lo condicionan ininterrumpidamente, tienen una raíz filosófica que va más allá de la propia filosofía de la ciencia disponible en un momento en que ésta misma —en sus corrientes y en sus particularizados temas —ha vuelto a plantearse una serie de preguntas que calan a través de respuestas que ha poco se consideraban logradas. Por eso puede decirse de la sociología en particular que acude, a menudo sin saberlo, a filosofías de la ciencia que ya no son. De ahí muchas veces las perplejidades a que llega.

Un tema recurrente en esa búsqueda de "fundamentos" —que un relativismo persistente intenta roer sin descanso— es el de la verdad. Pero a éste se lo presenta con frecuencia con ropajes nuevos que quieren eludir hasta los rótulos tradicionales. De hecho se da una pretensión de sustituirlo, que rara vez culmina.

Un estudio atento de Peirce quizás pudiera servir como antecedente interesante para el estudio de este inconcluso proceso. Sin embargo, hemos pre-

\* El presente trabajo fue presentado como ponencia al 1er Coloquio Nacional de Filosofía, realizado en Morelia, Mich., en agosto de 1975.

<sup>1</sup> A modo de ejemplo Robson, R., "The present state of theory in sociology", en Lakatos, I. y Musgrave, A. (eds.), *Problems in the Philosophy of Science* (International Colloquium in the Philosophy of Science, London, 1965), Amsterdam, North Holland, 1968, v. 3, pp. 349-70; su apreciación sigue siendo válida aunque es en cierto modo limitada; ver también de Ipola, E. (reseña de) Verón, Eliseo, y otros, "El proceso ideológico", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 1972.

ferido mostrar cómo el tema de las comunidades de investigación da lugar a la convergencia de tendencias de pensamiento aparentemente diversas y cómo se da, en cada caso —en Kuhn, en Habermas y en Althusser— como correlato de la “eliminación” del tema de la verdad en sentido medianamente fuerte, un inmanentismo sustitutivo pero de dudosos frutos.

*Las comunidades científicas como único auditorio y juez*

Kuhn termina su *Postdata* a *La estructura de las revoluciones científicas*<sup>2</sup> con una afirmación rotunda que resume mucho de su elaboración: “El conocimiento científico, como lenguaje, es intrínsecamente la propiedad común de un grupo o ninguna otra cosa, en absoluto.”<sup>3</sup> Por el momento quedará pendiente ver en qué medida esa expresión “como lenguaje” limita el alcance de tan redonda afirmación.

La obra de Kuhn ha tenido enorme difusión, ha sido discutida extensamente, su concepción ha sido sujeta a críticas a nuestro entender concluyentes,<sup>4</sup> en varios aspectos considerados usualmente como centrales a ella, a las que Kuhn ha intentado responder reiteradamente.<sup>5</sup> Sin embargo, para nuestro objeto, nos limitaremos a apuntar sólo a un aspecto poco atendido: el de aquellas comunidades (grupos) de investigación que tendrían el raro privilegio del conocimiento científico, al punto que fuera de ellas éste se anonadaría. Como señalaremos más adelante no se trata de una concepción aislada dentro de una obra de variadas facetas. Por otra parte, para ver a qué llevan sus consecuencias no es necesario enfrentarle una tesis tan fuerte, opuesta, ambigua también, y dudosa por demás, como la de que el conocimiento científico es el patrimonio de la humanidad toda.

De cualquier modo, antes de atender a la idea misma, vale la pena ver en primer lugar cómo vincula Kuhn esas comunidades científicas con la idea de paradigma (central a *ERC* pero que no vamos a analizar en sí misma). “Un paradigma es lo que los miembros de una comunidad científica comparten y, recíprocamente una comunidad científica consiste en hombres que comparten un paradigma.”<sup>6</sup> Aparte de su alusión (no la única) a las circularidades no viciosas, de ésta en particular, Kuhn nos dice: “Las comunidades científicas pueden y deben ser aisladas sin previo acceso a los paradigmas;

<sup>2</sup> Kuhn, T., *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971; en adelante *ERC*.

<sup>3</sup> *ERC*, p. 319.

<sup>4</sup> Entre otras, Shapere, D., “The structure of scientific revolutions”, en *Philosophical Review*, 1. 73, 1964, pp. 383-394; Lakatos, I. y Musgrave A. (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press, 1970, en adelante *GK*, varios artículos.

<sup>5</sup> *Postdata* a *ERC* y *GK* (“Logic of discovery or psychology of research” y “Reflections on my critics”) y “Second thoughts on paradigms”, en Suppe, F. (ed.), *The structure of scientific theories*, Urbana (Ill.), University of Illinois, 1974.

<sup>6</sup> *ERC*, 271.

entonces éstos pueden ser descubiertos escudriñando la conducta de los miembros de una comunidad dada." <sup>7</sup> Más allá de los problemas de detalle involucrados en esta determinación de las comunidades, de sus caracteres <sup>8</sup> y de sus funciones, aparece como importante ese hecho, sobre el que no vamos a volver, de que según Kuhn (en diversos pasajes) el análisis de los paradigmas (y por ende de otros conceptos centrales de su obra) puede hacerse depender del análisis de las comunidades de investigadores cuyo aislamiento conceptual es admitido como francamente posible. Qué quiere decir esa posibilidad, es difícil de ver, más cuando involucra un estudio empírico cuyas dificultades (técnicas de estudio no triviales) son reconocidas a renglón casi seguido. Esas técnicas estarían al alcance de la mano o podrían ser desarrolladas con total seguridad. Queremos, antes de proseguir, recordar pues esta doble tesis: 1) que el resto (o una porción esencial) de la conceptualización podría derivarse del estudio de las comunidades científicas y 2) que éstas serían determinables (ya o casi ya) en lo sustancial sin problemas a partir de un estudio empírico (en lo que sabemos, por realizar).

Por la primera tesis la salud de toda la *ERC* estaría en cuestión al hacerse dependiente del cumplimiento efectivo de la segunda; ésta es una promesa, todavía incumplida, pero pronunciada con una seguridad que ofrece lo que no produce. Por otra parte, tomadas conjuntamente ambas tesis, ese estudio empírico funcionaría como fundamento (con perdón de las intenciones manifiestas del propio Kuhn) de una de las concepciones más difundidas hoy acerca del desarrollo del conocimiento científico, la suya.

No vamos a explicitar siquiera los resultados globales del estudio que Kuhn hace de las comunidades científicas sino apenas apuntar algunos rasgos esenciales para nuestro objeto, algunas líneas gruesas.

"Los miembros del grupo, como individuos y en virtud de su preparación y la experiencia que comparten, deberán ser considerados como los únicos poseedores de las reglas del juego o de alguna base equivalente para emitir juicios inequívocos." <sup>9</sup> Dudarlo para Kuhn sería tanto como preguntarse si en las ciencias la verdad puede ser una. <sup>10</sup> Las comunidades ofrecerían garantía en la generación de los problemas y de sus soluciones. "¿Qué mejor criterio puede existir que la decisión del grupo científico?" <sup>11</sup> "...los miembros de una comunidad científica dada proporcionan el único auditorio y el único juez a los trabajos de dicha comunidad". <sup>12</sup> "En las ciencias maduras los miembros de tales comunidades corrientemente se consideran a sí mismos como los exclusivamente responsables de un tema dado y de un conjunto

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> Especialmente en *op. cit.*, p. 259.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 260.

<sup>11</sup> *Op. cit.*, p. 262.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 318.

dado de objetivos, incluido el entrenamiento de sus sucesores.”<sup>13</sup> “Considero el conocimiento científico intrínsecamente como el producto de un cúmulo de comunidades de especialistas.”<sup>14</sup>

Curiosa descripción de las funciones y poderes de las comunidades de investigación. El conocimiento sería en ese sentido la *propiedad* de grupos de especialistas que no sólo serían los *poseedores* de las reglas del juego, sino también los *garantes* de su eficacia, el *auditorio* de sus conclusiones y el único *juez* de su producto.

Sin dejar de reconocer la extrema importancia que el estudio de las comunidades puede tener —y de los resultados especialmente útiles para varias dimensiones del análisis de la actividad científica— parecería que los aspectos que señala Kuhn son apenas algunos de los que debería considerar una investigación sobre las comunidades que se haga de manera seria. Al mostrar el relativo aislamiento característico del actuar técnico de esas comunidades Kuhn pretende erigirlo en esencial, eliminando el estudio de su contexto. Habla como si el aislamiento fuera tal en todos los aspectos y además como si ello derivara como único resultado de un estudio científico de las comunidades científicas. Aparentemente la comunidad Kuhniana de investigación (de comunidades de investigadores) procede por la vía de su propio aislamiento técnico, éste ya no justificable. Por el contrario un estudio algo más agudo, apenas menos romo, de las comunidades científicas mostraría inmediatamente que los colegios visibles e invisibles,<sup>15</sup> esos poseedores presuntos —no de la verdad científica, ni de su búsqueda aproximativa, expresiones casi prohibidas para Kuhn, ni del progreso científico, sino del conocimiento, están situados en universidades y también en oligopolios, en el complejo militar-industrial (sea en la carrera espacial sea en su aplicación —“R & D”— a los proyectiles balísticos o a lo que llevan estos en sus cabezas) cuyos peligros y efectos hasta Dwight Eisenhower señaló en su momento; situados en verdaderas empresas de investigación sea en dependencia directa de una institución de enseñanza superior (con los caracteres que éstas a menudo asumen) o de un monopolio, o formando esa red invisible no menos situada en un contexto de financiamiento —de esos tipos— ya a esta altura bien estudiado. Que los objetivos de investigación, la evaluación de sus resultados, su misma viabilidad financiera, no son la propiedad exclusiva de las comunidades de investigación, ni mucho menos (más estando omnipresente la “comunidad de inteligencia”), es uno de los aspectos (enormes) que a Kuhn se le escapan totalmente; con lo que llega a pensar en extrañas torres de marfil —o de cemento—, extrañas por dispersas a veces geográficamente que serían las determinantes prácticamente exclusivas del desarrollo

<sup>13</sup> GK, p. 253.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> Price, D., *Little Science, Big Science*, New York, Columbia University. Press, 1963.

científico. Por más vagamente que se entienda el control de la sociedad sobre ese desarrollo, o aún bastante menos vagamente si se le enfoca en sus variantes institucionales (o estatales vista la proporción altísima de fondos provenientes centralmente de la economía, aún en EE. UU.), un estudio de las comunidades fincado sólo en su presunto aislamiento es algo totalmente inválido en sí mismo y más que insuficiente, totalmente equivocado, en una descripción del proceso global de conocimiento. Los determinantes de la empresa científica, o de sus variantes menos dependientes del poder político, exceden con mucho los caracteres internos de las comunidades científicas y sus reglas de juego. No es necesario recordar todos los problemas del desarrollo científico-tecnológico y de sus condiciones para concluir que un análisis de la función de las comunidades científicas, esos pretendidos jueces y auditorios exclusivos, requiere algo más; pueblan su universo factores que no se pueden soslayar, esos sí determinantes. No es difícil ni arriesgado concluir que no se puede erigir sobre base tan magra como la propuesta una interpretación de la historia reciente de la ciencia y menos aún del proceso que se cumple hoy en su entorno y en su propio interior.

Las comunidades tienen para Kuhn en general alrededor de cien miembros y a veces hasta veinticinco. Su tamaño decrece con su especialización, esto no sería dentro de la ciencia madura para nada un obstáculo sino quizás un factor altamente conveniente para el conocimiento científico. No es necesario más para ver de qué manera su actividad presupone elementos que condicionan acentuadamente sus líneas de investigación y aún sus resultados, elementos de los que Kuhn prescinde.

Ahora bien, ésas son las comunidades de una ciencia madura: "el término 'ciencia' está reservado a campos que progresan de manera evidente".<sup>16</sup> Pero a la vez Kuhn nos dice que "en ninguna parte se muestra esto de manera más clara que en los debates repetidos sobre si una u otra de las ciencias sociales contemporáneas es en realidad una ciencia".<sup>17</sup> Aparentemente sería necesario desechar toda definición, o aún delimitación de lo científico, para remitirse también en este caso a las comunidades de investigación. Basta sólo recordar hasta qué punto a los elementos prescindidos por Kuhn respecto a las ciencias maduras para definir el ámbito de decisión (ligera-mente desdeña el mundo de Orwell y el recurso al poder para zanjar disputas, como si ese recurso fuera directo o poco menos, en la forma casi caricaturesca de una pregunta sobre un asunto extremadamente especializado —Sr. Presidente de la nación más poderosa: ¿Cómo deben interpretarse los resultados de tal o cual experimento crucial?), se agregan en el caso de las ciencias sociales, condicionamientos ideológicos y políticos bastante menos enmascarados (la máscara de planes como el Camelot y similares, son algo

<sup>16</sup> *ERC*, p. 247.

<sup>17</sup> *Ibid.*

menos tenues pero no mucho más que otras). Ese descarte del contexto con un argumento tan estereotipado y burdo (la pregunta al Sr. Presidente de la nación más poderosa, o casi)<sup>18</sup> no es suficiente para fundar un argumento con pretensiones definitivas, pero menos aún el recurso al progreso “notable” y “evidente” puede ser satisfactorio en el caso de las ciencias sociales. Prescindiendo por un momento del contexto, no es tampoco necesario recurrir a ejemplos extremos de otros campos. ¿Acaso las comunidades de bergsonianos o de fenomenólogos —con su “ciencia social” tan especial— ¿no fueron en su momento su propio auditorio —atentísimo— y su propio juez— más que favorable? ¿No fueron también restringidísimas (aunque ni siquiera tanta, basta con ver las listas de adherentes de “colegios visibles e invisibles” que hicieron su furor)? ¿No usaron una terminología especializada y hasta esotérica?

Ni siquiera en ciencias sociales, pero tampoco en las ciencias maduras, basta con recurrir a los criterios que Kuhn da. Porque en ese caso —y sin desconocer, por cierto, otros elementos que aporta como no esenciales— ellos revelan una total insuficiencia para describir ese complejo y delicado mundo que es el del conocimiento científico, el cual, por otras razones, es algo más que la propiedad de un grupo, que reglas de juego poseídas por una comunidad restringidísima, cuyos caracteres presuntamente esenciales y cuya función presuntamente decisoria, podrían compartir aquella comunidad de bergsonianos o tantas otras.

Tampoco es necesario en los casos de desarrollo científico auténtico, aludir al *sorites* con respecto a las propuestas de Kuhn en relación con las comunidades... Pero otro es el caso cuando es dudosa la científicidad de una disciplina. ¿Bastan *muchos* para erigir un concilio decisivo? ¿Cuándo esos muchos llegan a ser menos y a no tener validez su decisión? ¿Cuándo dejan de ser los muchos necesarios para ello? Se han hecho propuestas tales que hacen pensar que ese argumento —el *sorites*— no es aplicable descabelladamente al caso. Koch<sup>19</sup> ha sostenido que en la comunidad de investigación básica en el psicoanálisis, el tamaño mínimo es de dos, el analista y el analizado... Una lectura del producto de ciertas especializaciones bastaría para mostrar, que los caracteres y las funciones que Kuhn establece para las comunidades de investigación, se cumplen con todo rigor en casos que vacilaríamos mucho en calificar como científicos. Esta catalogación involucra elementos que tienen que ver con algo más que con una subjetividad ampliada. Por eso, si los criterios (o los resultados de descripciones incompletas) no bastan

<sup>18</sup> Las decisiones del poder político se dan a través de canales mucho más finos y con escalones intermedios muchas veces decisivos, de modo que por sí solo este tema merece estudios cuidadosos, que en parte están en curso.

<sup>19</sup> Koch, S., “Psychology and emerging conceptions of knowledge as unitary” en Wann, T., *Behaviorism and Phenomenology; Contrasting Bases for Modern Psychology*, Chicago, 1964.

ni aún en el caso de ciencias maduras, mucho menos pueden tener alguna utilidad en el de especialidades pretendidamente científicas, o aún proto-científicas, que un grupo haya desarrollado con total eficacia, con discípulos, con "progreso".

Así como Kuhn descarta las relaciones de poder a que están sujetas las comunidades de investigación, descarta también las ideas de verdad y de aproximación con un argumento, a tal punto estilizado, que supone que esa verdad debe ser concebida como *estricta e inmediata*. Parecería que la única manera que tiene Kuhn de figurar un proceso de aproximación es suponer —en el pensamiento de sus contrincantes— que existe algo como la verdad lista a ser captada, o una Naturaleza legible directamente que funcionaría como la meta de ese proceso. Demasiado fácil es descartar la existencia de tal Verdad o tal Naturaleza para, inmediatamente, concluir con una tesis inmanentista del conocimiento científico. De ese modo se presupone en las tesis contrarias una ingenuidad o un dogmatismo sin fronteras, cuando de hecho ninguna propuesta de ese tipo se plantea ya, y no se construye un argumento mínimamente fundado. En la medida en que se propone una figuración absurda del concepto de verdad se lo desfigura y deviene inservible y fácilmente sustituible. Pero ése es un tema distinto.

Parecería, pues, que prescindir de elucidar conceptos por su dificultad —verdad, aproximación...— como pretende Kuhn, invirtiendo los planteos corrientes (insuficientes por cierto), lleva a conclusiones que, triviales o falsas, no delimitan nada, pues el conocimiento científico no es "la propiedad común de un grupo o ninguna otra cosa, en absoluto", sino una actividad compleja en la que es necesario considerar más elementos que los que las torres de marfil muestran a primera vista. Un análisis de qué cosa sucede adentro de ellas exige ver qué sucede detalladamente a su alrededor. De otro modo serían incomprensibles fenómenos que lucen como el de la torre de Pisa y algunas otras más catastróficas (y no sólo el ejemplo ya famoso de la comunidad que aceptó la existencia de los rayos N).

El inmanentismo de Kuhn, más allá de la difusión, de la presencia de su obra en todas las revistas especializadas, y aun en otras, y en cursos introductorios a distintas carreras universitarias por doquier, más allá de sus aciertos de detalle y de sus hipótesis de interés, puede considerarse como una muestra representativa de una tendencia bastante generalizada de estudio inmanentista del desarrollo científico.

### *El consenso auténtico y sus difíciles condiciones*

El estudio de las comunidades de investigación ha sido encarado con los métodos de la psicología social entre otros, por distintos autores, pero, como hemos visto, sus resultados no parecen tener el alcance que Kuhn les atribuye

ni su desarrollo promete a *corto plazo* nada de ese tipo. En una dirección distinta pero convergente en aspectos significativos, Jürgen Habermas ha intentado utilizar la noción de competencia comunicativa a propósito de temas más amplios de filosofía social y de teoría social del conocimiento. Partiendo de la idea de competencia lingüística de Chomsky y utilizando el aporte de varios autores<sup>20</sup> ha hecho propuestas que se desenvuelven en la dimensión de la pragmática universal, campo magramente elaborado si los hay. Y los ha utilizado con relación al discurso y al análisis de la búsqueda intersubjetiva de la verdad. Por tanto confluyen también hacia el estudio de las comunidades de investigación. Analiza situaciones de comunicación que parecen tener lugar fundamentalmente en diálogos directos pero a nuestro entender sus aseveraciones podrían ser transpuestas sin alteraciones esenciales para comunidades científicas en el sentido de Kuhn; la comunicación en colegios visibles e invisibles podría pues, en un sentido, ser el objeto de un estudio del tipo que propone Habermas sin dificultades fundamentales. Pero tanto en uno como en otro caso, se trata de ver cómo la actividad discursiva de esas comunidades que intentan producir conocimiento, podría ser explicada sin recurrir al concepto de verdad o, dicho de otro modo, cómo la verdad que está en cuestión podría estar encerrada en la esfera del discurso. Y éste es el punto que nos interesa, más allá de la noción de competencia comunicativa<sup>21</sup> que merece atención en varios aspectos. Por eso trataremos las propuestas de Habermas de modo muy limitado pero que entendemos suficiente para nuestro objeto.

Una de las nociones centrales es la de consenso. "La verdad no es el hecho de que se alcance un consenso sino más bien que, en todo momento y en cualquier lugar, si nos introducimos en un discurso puede alcanzarse un consenso bajo condiciones que lo identifican como fundado. Verdad significa 'afirmabilidad garantizada'." <sup>22</sup> Más allá, por el momento, de que ser verdad y obtener la verdad son expresiones con significados totalmente distintos (R. M. Martin), interesa ver si se puede distinguir inequívocamente un consenso auténtico de otro que no lo sea. McCarthy<sup>23</sup> ha señalado tres versiones de la teoría del consenso de Habermas que llama respectivamente de la identidad, de la condición necesaria y del criterio de verdad, pero no es ésa, significativa diferencia (y deslizamiento correlativo en Habermas), lo que nos interesa por el momento.

<sup>20</sup> Entre otros, de Austin, Bierwisch, Chomsky, Searle, Wunderlich (ver referencias bibliográficas en *TCC*), ver nota siguiente.

<sup>21</sup> Habermas, J., *Knowledge and human interests*, Boston, Beacon, 1971, en adelante *KHI*; "Towards a theory of communicative competence", en *Inquiry*, v. 13, 1970, pp. 360-375, en adelante *TCC*.

<sup>22</sup> Citado por McCarthy, T., "A Theory of Communicative Competence", en *Philosophy of the Social Sciences*, v. 3, 1973, pp. 135-156.

<sup>23</sup> *Ibid.*

Habermas propone criterios formales para la *simetría*, que funcionaría como elemento distintivo de una *situación ideal del habla*, en ese proceso discursivo de logro de la verdad. Para él los procedimientos particulares de relación con cada dominio de objetos (confirmación, etc.), remiten a la situación del discurso en la cual cabe plantear propiamente el tema de la verdad de los enunciados respectivos (lo que constituye de por sí un rápido salto del ámbito de consideración). La simetría necesaria en el proceso discursivo ideal quedaría delimitada así: "1) En el caso de discusión irrestricta (en la cual ninguna opinión prejuiciada esté exenta de crítica) es posible desarrollar estrategias para alcanzar un consenso no constreñido, 2) sobre la base de la relación mutua entre las autorepresentaciones no obstaculizadas, es posible lograr una relación significativa más allá de la distancia inviolable entre los participantes y que implica comunicación bajo las condiciones de individuación, y 3) en el caso de total complementariedad de las expectativas (que excluye las normas constriñentes unilaterales) existe la pretensión de entendimiento universal, tanto como la necesidad de normas universales. Estas tres simetrías representan, incidentalmente, una conceptualización lingüística de lo que se conoce tradicionalmente como ideas de verdad, libertad y justicia." <sup>24</sup>

Por momentos Habermas parece exigir la existencia real de esa simetría, mientras que en otros ella estaría planteada sólo como una idea reguladora que de todos modos, como tal, actuaría sobre el logro de consensos auténticos. Si no fuera así la idea, carecería de toda la eficacia aludida en la obtención de la verdad y estaría, en ese sentido, al mismo nivel que todos los otros criterios no discursivos negados como punto de partida. Pero tal simetría aparece además vinculada a la autonomía y responsabilidad que se darían en el conocimiento emancipatorio. "Pero sólo en una sociedad emancipada, la autonomía y responsabilidad de cuyos miembros haya sido lograda, la comunicación se habría desarrollado en el diálogo no autoritario y efectivo universalmente, del cual tanto nuestro modelo de identidad del ego recíprocamente constituido, como nuestra idea de consenso verdadero, han sido siempre implícitamente derivadas. En esta medida la verdad de los enunciados está basada en anticipar la realización de la verdadera [good] vida." <sup>25</sup>

Los comentarios acerca de estos criterios para el consenso auténtico son totalmente innecesarios pues, como en el caso de Kuhn, se saltea con ellos las relaciones reales de poder existentes en nuestro mundo (a las cuales Habermas por otra parte, respecto a otros problemas, da énfasis) y supone una situación no constreñida del diálogo que es totalmente ficticia. Por ello la condición de simetría que pretende sustituir un análisis estricto de la verdad de los enunciados por el de consenso auténtico, se revela como infundada.

<sup>24</sup> TCC, pp. 371-2.

<sup>25</sup> KHI, p. 314.

Pero además —reconociendo parcialmente esa situación, aunque no extrayendo sus consecuencias— Habermas nos remite también a la evaluación mediante jueces. La competencia de éstos sería el *ersatz* de la “buena vida” inalcanzada. Sin embargo se ha mostrado profusamente<sup>26</sup> la menos que relativa validez que (por ejemplo en metodología sociológica) tiene esa remisión a la competencia de jueces.

El giro lingüístico (o comunicacional) del concepto de verdad que Habermas efectúa (sin afirmar por el momento nada respecto a otros giros lingüísticos del mismo) envía pues, por un lado, a un ideal inalcanzable que tendría sin embargo alguna eficacia, y por otro, a la validación por jueces competentes con la insuficiencia radical que esto conlleva (lo hemos señalado a propósito de Kuhn aunque en un plano en principio algo diferente, el de las comunidades de especialistas).

Por otra parte, reducir la verdad de enunciados a la pretensión de validez acerca de ellos, incluir aquel concepto en la esfera del lenguaje<sup>27</sup> (o de la comunicación) elude los resultados aparentes de la crítica de Habermas a las tendencias positivistas, de permanecer en el nivel de la contemplación desconociendo la práctica en el proceso de conocimiento. Por eso el ejemplo del boxeador<sup>28</sup> (cuando dice ser el mejor, eso significa que puede batir a cualquier oponente y su pretensión se hace auténtica lográndolo) no es pertinente a un análisis que sitúa el problema de la verdad en el solo plano discursivo. Una filosofía que aluda a la praxis como momento esencial —caso de Habermas— no puede quedarse de este modo encerrada en la esfera de la comunicación (praxis sólo discursiva).

Los argumentos que así lo determinan —con su irrefutabilidad aparente— recuerdan en un plano distinto los del *esse est percipi* y sus variantes más refinadas. Los resultados de esa reclusión — a la supermónada de las comunidades científicas o al diálogo no constreñido sobre la base de la simetría referida, dan magros resultados y remiten por otra parte a un problema similar al original, pero ahora situado en la nueva esfera cerrada de la intersubjetividad faltando nada menos que criterios (o sus sustitutos) de distinción entre el consenso auténtico y el que no lo es. Esos argumentos imponen además que ese consenso sea de alguna manera determinable mediante condiciones que —es lo menos que puede decirse de ellas— no tiene ninguna seguridad (o alta probabilidad) de cumplirse.

Por eso la referencia que hace Habermas a la no-obsolescencia del lenguaje del idealismo alemán,<sup>29</sup> parece excesivamente restringida cuando dice sólo que la “razón” contiene voluntad y conciencia como elementos. Por el

<sup>26</sup> Castells, M., “Las nuevas fronteras de la metodología sociológica”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (FLACSO), 1973.

<sup>27</sup> KHI, p. 314.

<sup>28</sup> McCarthy, *op. cit.*, p. 150.

<sup>29</sup> KHI, p. 314.

contrario, en Habermas (y no sólo en este aspecto) el idealismo alemán trata de sobrevivir la muerte de la filosofía especulativa y el encierro idealista tradicional, con un nuevo encierro —no menos idealista— en la esfera de la comunicación.

*El criterio immanentista de validación en la práctica científica y la tesis materialista*

Desde una posición sensiblemente distinta de las anteriores, a partir de un enfoque materialista, Althusser abraza, con todo, un criterio immanentista de validez científica que lo emparenta con aquéllas. J. Sasso<sup>30</sup> ha encarado este aspecto de la obra de Althusser que vamos apenas a esbozar, remitiéndonos en lo esencial a su estudio. Hay pasajes significativos a este respecto en *Para leer El Capital*<sup>31</sup> en que se propone sustituir una epistemología empirista por otra nueva en la que el criterio de validez para cada ciencia residiría en su propia consistencia expresada en forma amplia a través de las formas que surgen de su propia producción como tal. Calificando en general las remisiones a la práctica (a las prácticas) como pragmatistas y por tanto descalificándolas, Althusser con todo parece querer salir de sus propios atolladeros con una frase que difícilmente puede ser aceptada como solución: "es porque la teoría de Marx es 'verdadera' por lo que pudo ser aplicada con éxito, y no es porque fue aplicada con éxito por lo que es verdadera".<sup>32</sup> Pero esta *boutade* no puede sustituir un análisis más completo que no lleva a cabo. Su crítica de las teorías clásicas del conocimiento les atribuye comunes origen y función jurídicos, de justificación; consistirían en lo esencial en respuestas a una pregunta "armada" con el fin preciso de tenerlas por respuestas. Por aceptable que esa crítica sea no requiere menos una salida, que no da. Y no lo es por cierto inscribir la validez de las prácticas científicas en las comunidades respectivas que las producen. En esto justamente Althusser se emparenta con filosofías aparentemente tan alejadas de la suya como las reseñadas de Kuhn y Habermas, entre otras, ejemplares de un mismo giro de consideración.<sup>33</sup>

Cuando dice "La *práctica teórica* es a sí misma su propio criterio, contiene en sí protocolos definidos de *validación* de la calidad de su producto, es decir, los criterios de la científicidad de los productos de la práctica cien-

<sup>30</sup> Sasso, J., *La fundamentación de la ciencia según Althusser*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1971.

<sup>31</sup> Althusser L., y otros, *Para leer el Capital*, Siglo XXI, México, 1974, 7ª ed., en adelante LC; *Elements d'autocritique*, Paris, Hachette, 1974, en adelante EA, *Philosophie et philosophie spontanée des savants*, Paris, Maspero, 1974, en adelante PSS.

<sup>32</sup> LC, p. 66.

<sup>33</sup> Habría que considerar en qué medida la noción de proceso sin sujeto aplicada en este caso alteraría el planteo. Ella aparece en trabajos del "segundo" Althusser y en el de Lecourt, D., *Une crise et son enjeu*, Paris, Maspero, 1973.

tífica. Lo mismo ocurre con la práctica real de las ciencias: una vez que están verdaderamente constituidas y desarrolladas ya no tienen ninguna necesidad de la verificación de prácticas *exteriores* para declarar “verdaderos”, es decir, *conocimientos*, los conocimientos que producen”,<sup>34</sup> Althusser se sitúa en un inmanentismo epistemológico que es dudosamente coherente con el materialismo que sostiene a lo largo de toda su obra. El ejemplo de la producción de las matemáticas es en este sentido poco iluminador. En cambio, al referirse a las ciencias físicas, se hace claro cómo procede su argumentación: “el criterio de su teoría son sus *experiencias*, las que constituyen la forma de su práctica teórica”.<sup>35</sup> Pero al mismo tiempo se da como posible científicamente una teoría cuyo criterio no serían las comprobaciones, una práctica científica que las excluyera sin dejar de serlo: para ello se supone una remisión equivalente a la de las comunidades de investigación como instancias decisorias. Y llega al punto de afirmar “la interioridad radical del criterio de la práctica científica”, a decir: “la producción del conocimiento, que es lo propio de la práctica teórica, constituye un proceso que ocurre *enteramente en el pensamiento*, del mismo modo que podemos decir, *mutatis mutandis*, que el proceso de la producción económica ocurre por entero en la economía”.<sup>36</sup> Más allá de que se aclare que este “enteramente en el pensamiento”<sup>37</sup> alude a las Generalidades I-III, y que ese pensamiento no sea meramente la facultad de un sujeto psicológico, con ello no se escapa a la esfera de la inmanencia. El tipo de objetividad a que remiten las Generalidades no atraviesa pues las puertas y ventanas, inexistentes, de la comunidad-mónada de producción científica, a pesar de la necesidad que un pensamiento materialista posee de ello. Sasso muestra cómo, ni fundamentos epistemológicos subjetivistas ni siquiera la epistemología histórica u otras propuestas emparentadas, permiten romper esta incoherencia inserta en el pensamiento althusseriano.

A pesar de todas las críticas que desde distintas perspectivas se han hecho a sus desarrollos,<sup>38</sup> a nuestro entender es este inmanentismo uno de los principales escollos que enfrenta toda la filosofía no-empirista propuesta como alternativa por Althusser. Sasso concluye diciendo: “la metateoría hipotético-deductiva posee una consistencia interna y un margen de compatibilidad con el materialismo al que ningún inmanentismo puede aspirar”,<sup>39</sup> metateoría que es interpretada por Althusser equívocamente, por más que en tales equívocos no hayan caído los clásicos del marxismo.

<sup>34</sup> *LC*, p. 66.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Op. cit.*, p. 48.

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> Ver, para una crítica política de estas tesis, Rancière, J., *La leçon d'Althusser*, Paris, Gallimard, 1974, pp. 100 y 123 entre otros pasajes de interés.

<sup>39</sup> Sasso, J., *op. cit.*, p. 39.

En un trabajo autocrítico,<sup>40</sup> Althusser abandona el sesgo teoricista de sus primeras obras y, aunque no rectifica explícitamente los pasajes referidos, podría entenderse que de algún modo aporta elementos novedosos al respecto. Sin entrar en el detalle de la argumentación, que remite a problemas teóricos de importancia, aun para la propia obra de Althusser, con una revisión esencial de sus tesis, es conveniente tener en cuenta ciertos pasajes. Nos dice por ejemplo, que “al reducir la ‘ruptura’ a la recurrente oposición entre ciencia e ideología, adoptaba sin crítica el punto de vista de ‘la’ ciencia sobre sí misma (¡y no solamente sobre ella misma, como es evidente!); o más bien —pues esta fórmula es aún idealista— el punto de vista de los ‘agentes’ de la práctica científica sobre su propia práctica y la historia de sus resultados”.<sup>41</sup> Alude más adelante <sup>42</sup> a la “necesaria consideración, para el estudio del surgimiento histórico de una nueva ciencia, de las condiciones materiales, sociales y otras”. Y antes <sup>43</sup> a que, “detrás del disfraz del error en ideología debe tenerse en cuenta la presencia “de la oposición entre la verdad y el error, que es objetivamente uno de los síntomas del nacimiento, del surgimiento de una ciencia (cuando ello sucede realmente)”. Antes aún dice: “por un lado los proletarios que tienen necesidad de conocimientos objetivos, verificados y verificables, es decir científicos, para triunfar, no en frases, sino en los hechos, frente a sus adversarios de clase...”<sup>44</sup>

Extraño lenguaje para un filósofo que eludía trabajosamente palabras de ese tipo o que las calificaba como terriblemente empiristas. Asimismo nos dice: “Sobre este nuevo terreno, es posible plantear, poco a poco, por primera vez, en nuevos conceptos, los problemas reales de la historia concreta, bajo la forma de problemas científicos, y de llegar (como lo hace Marx en *El Capital*) a resultados teóricos demostrados, es decir *verificables por la práctica científica y política*, y abiertos a su rectificación sujeta a reglas” <sup>45</sup> cosa que negaba antes como desprovista de valor explicativo.

Un análisis más detenido de este texto y de otros incluidos en PSS, especialmente “Filosofía y justeza” y “Del lado de las ciencias: la práctica científica”, podría quizás concluir en un giro importante, también en este capital aspecto, respecto a las obras tempranas.

### *El encierro compartido*

Hemos recorrido, con la brevedad del caso, tres intentos de sustituir el empleo de un concepto de dificultades indudables —el de verdad— por el aná-

<sup>40</sup> EA.

<sup>41</sup> *Op. cit.*, p. 47.

<sup>42</sup> *Op. cit.*, p. 98.

<sup>43</sup> *Op. cit.*, p. 46.

<sup>44</sup> *Op. cit.*, p. 38.

<sup>45</sup> *Op. cit.*, pp. 23-24. Subrayados nuestros.

lisis de la función de las comunidades científicas en un caso, el del consenso auténtico en otro y el de la validez en y por la práctica científica en un tercero. Entendemos que las propuestas respectivas tienen un interés —difundido pero negativo— en el estudio de la situación de las ciencias sociales. Negativo por conducir en cada caso a un inmanentismo sin visible salida. Aunque las consecuencias del mismo posean un alcance mucho más amplio, nos interesan especialmente con relación a la sociología.

Queda, como es obvio, sin tratar, un conjunto de problemas conexos con este respecto a esos mismos autores y en relación con el desdichado estado de las ciencias sociales. Si esa desdicha es esencial a la tarea misma que se ha fijado no es tema de estas páginas. Pero pareció saludable en cambio, considerar un modo *propuesto* de salida que nos deja sólo en un callejón que carece de tal; y que, además abandona el terreno cubierto de contradicciones y de ausencias.

Que las dificultades del tema de la verdad sean tercas, no significa que deba ser eludido; <sup>46</sup> lo visto señala en cambio que el encierro ampliado de las *élites* —en sus verdades— puede no ser más que una de las formas de un idealismo, presente de todas maneras, y además infecundo.

MARIO H. OTERO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

<sup>46</sup> M. Bunge, en una obra reciente (*Treatise on basic philosophy*, Reidel Publishing Co., Dordrecht, Holland, 1974, vol. 2, "Semantics; interpretation and truth"), ha desarrollado una teoría de la verdad digna de atenta consideración.